

FIGURAS VARADAS EN UN CAFÉ

"Cada uno tiene su frío
que no sabe cómo explicar"

STEFANO RAIMONDI

SÓLO EXISTEN dos tipos de soledad: la tuya y la mía. Así arranca *Infidélium*, su última creación. Tras los estertores del parto, expulsa la placenta y vuelve a leer la primera frase. El comienzo es la pieza más importante, en él se depositan todas las esperanzas del cuento. *Infidélium* habla de amor y desamor: D y K, matrimonio de extraños, fallecen en un accidente de tráfico. Choque frontal, una madrugada de julio. En diferentes coches. Cada uno con su amante. De la misma forma que se construyeron, apoyándose el uno en el otro, jurándose fidelidad eterna, madurando inexorablemente hacia el desencanto, ahora se destruyen. ¿Cuestión de azar? Cómo puede saberlo. El escritor tan sólo conoce la pregunta. Toma un sorbo de café y continúa leyendo, concentrado, moviendo involuntariamente los labios, buscando los defectos, los mecanismos fallidos, las grietas de la historia, hasta que se hace daño. En las múltiples reescrituras lo ha desnudado de filigranas innecesarias, lo ha limpiado de orfebrería y artificios, pero lo sigue encontrando imperfecto. Y eso lo enloquece. El infierno siempre está allí, esperando a desovillarse, decía Bukowski. De todas formas, lo enviará a un premio que ha recortado de *El País* (junto a un anuncio de pompas fúnebres: "¿Para qué vivir cuando por treinta euros podemos hacerle un entierro de lujo?"), a escondidas, en las mismísimas narices del camarero, esa misma mañana. Mil doscientos euros. Diez folios a doble espacio. Tema libre. No es el primer premio que gana y no será el último. Las vacas sagradas de su ciudad le aconsejan, desde sus torres de marfil en la universidad o la administración, en un falso tono paternal que le repugna, que abandone el mundo de los concursos, alegando que es un dinero que se va rápido y no deja huella. Visto y no visto. Como una erección del hombre invisible. No son más que gallinas con ínfulas de gallo esperando a que su agente literario venda al cine su novela más intimista o les consiga el Nadal un enero de niebla y terremotos. "Yo no concurso: yo mando los cuentos a la guerra", piensa. Porque él renuncia a la gloria post-mortem y a la santa bohemia, a la indiferencia y al malditismo. Renuncia a morir, como Dylan Thomas, en la habitación 206 del Chelsea Hotel. Quiere dinero perpetuo en la cuenta y un chalet con vistas a la sierra y comprar cosas inútiles por Internet y darle los buenos días en bata de franela al lechero en la puerta de su casa y

espíar al vecino ex futbolista de primera división, inflado como Maradona, revisando viejos vídeos de un campeonato que no volverá y desaparecer a los setenta años, con un principio de cáncer de piel y una sonrisa permanente, engullido por un tsunami en los mares del sur. Tan sólo por el mero hecho de enfrentarse a una página en blanco y escribir, de arrancarle frases a su pasado, a su presente y a su futuro, corre el riesgo de convertirse en la sombra triste que persigue a sus personajes: el reflejo de un mendigo en el escaparate de una tienda de novias. Escupe sobre los artistas del hambre que beben absenta en las terrazas con los guantes roídos y la boina torcida. Escupe sobre el frío que anida en los huesos de los pintores, de los morfinómanos sin oficio y de las putas de belleza tísica. Escupe sobre París. Escupir sobre París. Lo apunta en la libreta como posible título y se dirige al baño.

Alguien ha rotulado una esvástica sobre el urinario de loza. La profana con infantil satisfacción, se lava las manos y se mira en el espejo frunciendo el ceño, como si le desagradaran los bocetos que ha visto del futuro. "La juventud se ha ido y ésta es la cara de gilipollas asustado que tendré el resto de mi vida", dice. Al salir se cruza con un hombre gordo de papada múltiple que desprende un leve olor a vainilla.

Pide un café. Necesita el café para escribir. O para mirar, que es lo mismo. Toma la carpeta y el paquete de tabaco y se traslada a otra mesa. Es supersticioso: al final de cada historia cambia de lugar para ver si cambia su suerte. Su próximo relato gira en torno a un cazador que le dispara a su ex mujer en cada animal que encuentra. Comienza a esbozar, con la caligrafía torcida e insegura del que no sabe adónde va, los rasgos principales del personaje, hasta que llega a imaginárselo. Una vez que le ha dado la vida intenta enseñarle a andar. Enciende un cigarro y la descubre. La melena que controla el mundo forcejea en la barra con su bolso. Es el animal más hermoso del Café Valparaíso. Carne de enebro y piernas largas. Tendrá su edad, pero ha vivido más: se ha asomado al vacío y ha zozobrado por amor. Trata de columbrar su tristeza. Del bolsillo izquierdo de su pantalón vaquero asoma un pase de hospital. Las ojeras y la ropa arrugada denotan una noche en blanco. Parece arrastrar una pesada carga. Su escepticismo alcanza cotas abrumadoras: no se cree la vida en las ciudades y no se cree la vida en el campo. Por un momento detiene su mirada en él y le sonrío: jaque mate al corazón. Le habla desde su cabeza, con esa intimidad del preso en el bis a bis tras un mes en la celda de aislamiento. Le dice las palabras importantes. Ella se atusa el pelo con un movimiento mecánico, sin maniobras de vanidad, y regresa a sus cavilaciones. No existe capitel más hermoso, piensa. Le gustaría hacerla descansar de sí misma, abrirle la jaula de sus penas y verla marchar. Pero sólo puede escribir con letra trémula: "Formas de mirar a una mujer, formas de inventarla".

Esparce sobre la barra el contenido de su bolso y, por fin, encuentra el mechero. Pide un whisky. Un hombre le dice cosas bonitas sin despegar los labios. Es un momento íntimo entre dos desconocidos. Ha atravesado su umbral de cariño, podría enamorarse de él en ese mismo instante. Pero no debe, porque son las once de la mañana y su padre agoniza en un hospital cercano. El amor es la deslumbrante luz azul que lleva a la mosca a la muerte en la pescadería. Le sonríe con media boca y le desea suerte. Últimamente, los hombres que gravitan en su órbita son cabrones a tiempo completo con inclinaciones a abandonarla el día de su cumpleaños o seres sin agallas para vivir que pasean su mediocridad por las calles mojadas. El camarero del Café Valparaíso le sirve el whisky y se queda quieto ante ella. Parece mestizo: mitad aragonés, mitad murciano. Tiene una mirada sórdida. Una de esas miradas de tipo capaz de bajarle las medias a la Virgen María para darle unos azotes con la palma abierta. "Son cuatro euros, por favor", le dice buscando el fútbol en el televisor apagado. Saca un billete del monedero y se lo entrega. Mientras espera las vueltas descubre, sobre la ventana de cristal ahumado que da a la cocina, un cuadro que reproduce el Palacio de la Moneda ardiendo. Imagina un antiguo propietario chileno celebrando el encarcelamiento de Pinochet, invitando a champán a toda la clientela con los ojos incendiados de justicia. Imagina un traspaso y un adiós. Si el cuadro continúa colgado en la pared es porque al camarero le gustan las llamas: lleva un Nerón en su interior.

Su padre se muere. En su agonía de varios días, le sigue mirando con retina de juez. Un juez cuya única lectura es la Biblia. Su perdón es un armario húmedo y vacío. No puede olvidar sus azogues de juventud, sus flirteos con las drogas, su ausencia en el entierro de la madre. El continuo reproche hacia la hija, hacia la díscola y caprichosa hija única que se fugó de casa a los dieciséis con un tragafuegos holandés apodado "Auden" y regresó dos años después. De aquellos tiempos tan sólo quedan canciones sin estribillo, fotos de polaroid con el pelo abrasado de agua oxigenada, un hijo que no vivió veinticuatro horas y una cesárea y un millón de recuerdos con olor a pachulí aquilatados entre el papel secante de la nostalgia.

Se siente sucia, por dentro y por fuera. Ha salido del hospital para darse una ducha y cambiarse de ropa y ahora se encuentra allí, bebiendo la culpa en pequeños sorbos punzantes.

Al ingresar en el hospital le dieron una bolsa con un pijama incoloro. Los pijamas de la seguridad social andan faltos de cariño y suavizante. Su padre colgó la ropa en una percha y dejó los zapatos nuevos al pie de la cama, ordenados, equidistantes a su esperanza, como si en cualquier momento fuesen a mandarle de vuelta a casa. Los zapatos son un dolor que ella contempla desde la butaca, en la oscuridad, entre respiraciones pesadas y el tráfico de carros cargados de medicinas y zumos en el pasillo.

Un hombre obeso con una servilleta anudada al cuello la vigila entre cucharada y cucharada de sopa; del respaldo de su silla cuelga una cámara de fotos y una americana de pana vieja. Su lengua es blanca, como las nalgas de una monja

de clausura. No le gusta pensar en su imagen reflejada en esos ojos pequeños y crueles. Aunque a lo mejor le está juzgando equivocadamente; la tasación física no puede anular la tasación moral. No sabe nada de él. Cada persona debería de llevar un cartel con información, como esos coches que encuentras en las cunetas de las carreteras nacionales con un adhesivo de "vehículo auxiliado". La vida es un extraño diorama tras los cristales del Café Valparaíso: un taxista se peina ostentosamente en un semáforo en rojo, un galgo olisquea la entrepierna de una perra con jersey de punto y collar dorado, un hombre calvo consulta el reloj cada veintidós segundos con una rosa en celofán. Tristeza de barrio obrero en día de lluvia.

Los hielos tintinean cuando apura el whisky. Está asustada y se siente sola. Hace un amago de levantarse, pero la tentación es demasiado fuerte y pide otro trago para calmar los nervios, escapando del martillo del deber, entre lágrimas que se desploman por sus mejillas, vencida por la responsabilidad, como queriendo refugiarse en un lugar donde la culpa no la alcance.

La comida es un remanso, un balneario en el que olvidarse del mundo y de sus trincheras. Es una suerte que sirvan menús fuera de horario en el Café Valparaíso. Le traen el segundo plato. La sopa de cebolla estaba deliciosa. Repetiría, pero dentro de unos minutos comienza su jornada laboral. Lleva casi dos décadas trabajando para la BBC: bodas, bautizos y comuniones. Del servicio militar volvió con la ilusión de ser fotógrafo; fue lo único que trajo de ese tornaviaje. Aprendió el oficio en una academia nocturna, se fogueó en la sección de sucesos de un periódico -un periódico ya desaparecido- y muy pronto asumió que las facturas domesticaban y que la economía mata el talento. Enterró sus sueños de artista en una tumba sin lápida y perdió la capacidad de asombro: envejeció. "La hipoteca es una nueva forma de crucifixión. La hipoteca se llevó mi rebeldía", les dice a sus íntimos. Pero no es verdad, nunca estuvo en él. Se sirve un vaso de vino y se quita el chaleco sin despeinarse. Revisa los complementos de la cámara. Está todo. La boda comienza en media hora. Observará a la gente durante la ceremonia religiosa, sus dudas (¿Y si el cielo es sólo una franquicia?), sus preocupaciones (Voy a dejar el trabajo. Llegaré el lunes y le plantaré mi dimisión), sus deseos (Miguel no deja de mirarme las tetas delante de su mujer). Disparará bajo una lluvia de arroz y confeti: los novios y los parientes lejanos venidos de la Soria de Doctor Zhivago, los novios subiendo al coche prestado por el industrial amigo de la familia, los novios tomándose de la mano en un columpio del parque, los novios sentados en un césped junto a un pavo real, la llegada de los novios al banquete. Repartirá cámaras de usar y tirar entre las mesas. Cenará con desconocidos que, auspiciados por el exceso de alcohol en sangre, bromearán con su sobrepeso para pasar a inventariar sus conquistas en público, la caravana de mujeres que buscaron algo en sus cabezas, sus corazones o sus genitales. En todo momento ejercerá de gordo simpático. Ésa es su vida.

Un grupo de estudiantes irrumpe en el local. Unen dos mesas, arrastrándolas como trineos, y se instalan junto al fotógrafo. Están cortados por el mismo patrón, alienados por la moda: el mismo piercing en el mismo lado de la boca, el pelo largo por detrás, camisetas con capucha y pantalones holgados dejando al descubierto una ropa interior de colores. Temen escapar de la multitud, perderse algo. No quieren asumir ningún riesgo. Envían mensajes desde el móvil y se llaman a gritos con apodos, hablando sin respetar los turnos, todos a la vez, salvo un chico sitiado por el acné. El fotógrafo se centra en él, le estudia con detenimiento. Interpretando el abecedario de gestos y miradas descubre que hay una chica pecosa en su vida. Paladea cada leve movimiento con talante de gourmet, preconizando a los cuatro vientos que nada le importa más en el mundo. La chica pecosa lleva un pañuelo anudado al cuello, intentado ocultar la succión de unos labios en el cine de un centro comercial (imagina un novio motero que trapichea pastillas en los colegios), y cierra los ojos al fumar, alzando ligeramente el labio superior al expulsar el humo, volutas azules que nacen entre sus dientes y mueren en la memoria. Tiene la voz quebradiza e impúdica de la que ya conoce su poder. Lleva las gafas de esquiar marcadas y un epigrama japonés tatuado en el tobillo izquierdo.

Entra un anciano con un violín de dos cuerdas y todas las miradas del Café Valparaíso se dirigen hacia él. Las arrugas de su cara son tan profundas que podrían aplicarle puntos de sutura. Utiliza una cuerda de esparto a modo de cinturón y deja una estela agria a su paso. Va de mesa en mesa, sonriendo sin sonreír, ofreciendo sus servicios y, como nadie le contrata, se pone a tocar, anarquía de sonidos que los estudiantes aplauden en una burla feroz. El camarero le da unas monedas para que salga de su establecimiento.

La adolescencia es un fusil cargado y sin seguro en manos de un enfermo de parkinson. "Estás muy guapo con el pelo así", le dice la chica pecosa al muchacho tímido. Éste, se ruboriza, menguando bajo la camiseta, sorprendido y asustado, como un ventrílocuo sin nada que decir. El colapso de hormonas es terrible. Se siente eufórico, pleno, impetuoso por crecer, como si bajo la pátina de juventud no le estuviera esperando el traje de hombre maduro y el traje de anciano; la muerte es la ausencia de traje.

El fotógrafo regurgita la comida una vez más, se limpia asépticamente las manos, deja una propina razonable y se dispone a salir. Pero al pasar por su mesa, los estudiantes le suplican a coro: "Haznos una foto, por favor, venga hombre...estírate, sólo una". Lo piensa un segundo, con cara de arponero sin ganas de partir a ultramar: acepta. Desviste la cámara de la funda. Les pide que se junten más. Dispara.

Un hombre sometido a la dictadura de la perfección, una mujer demasiado concentrada para escapar, un grupo de jóvenes enojados con un mundo que ni siquiera intuyen y un fotógrafo sin rostro reflejado en el espejo de la pared: variaciones de una misma derrota.